

## **Kerigma y ecumenismo, camino hacia la unidad valorando la diversidad**

### **Kerygma and ecumenism, a path to unity through valuing diversity\***

Franco José Miranda Barraza\*\*

#### **Resumen**

Basado en una hermenéutica textual, el presente artículo pretende reconocer y valorar la importancia de la comprensión del kerigma entre las diferentes tradiciones cristianas para el desarrollo y la promoción de la unidad dentro del diálogo ecuménico. A través de un análisis detallado de las tradiciones paulina y joánica, se indaga sobre las diferencias teológicas del kerigma, pero con un núcleo común basado en la proclamación de la muerte, resurrección y exaltación de Jesucristo como mensaje de salvación para todo el género humano. Para ello, se examinan los aquellos elementos fundamentales del kerigma en cada una de estas tradiciones, destacando los énfasis particulares de cada una: la justificación por la fe en Pablo y el amor de Dios en Juan. A pesar de estas distinciones, se argumenta que el kerigma ofrece un fundamento sólido para la unidad cristiana, al proporcionar un lenguaje común y una experiencia compartida de fe. Finalmente, se reflexiona sobre cómo la comprensión del kerigma puede contribuir a fomentar la construcción de la armonía y unidad dentro de la diversidad de expresiones de la fe presente hoy en día. Asimismo, se profundiza sobre las herramientas que ayudan a promover un diálogo ecuménico maduro y fraterno.

**Palabras clave:** ecumenismo, kerigma, unidad, diversidad, tradición paulina, tradición joánica.

#### **Abstract**

Based on textual hermeneutics, this article aims to recognize and appreciate the importance of understanding the kerygma among different Christian traditions for the development and promotion of unity within ecumenical dialogue. Through a detailed analysis of the Pauline and Johannine traditions, the theological differences of the kerygma are explored, but with a common core based on the proclamation of the death, resurrection and exaltation of Jesus Christ as the message of salvation for the whole human race. To this end, the fundamental elements of the kerygma in each of these traditions are examined, highlighting the emphases of each: justification by faith in Paul and the love of God in John. Despite these distinctions, it is argued that the kerygma offers a solid foundation for Christian unity by providing a common language and a shared experience of faith. Finally, it reflects on how an understanding of the kerygma can contribute to fostering the building of harmony and unity within the diversity of expressions of faith present today. It also explores the tools that help to promote mature and fraternal ecumenical dialogue.

**Key-words:** ecumenism, kerygma, unity, diversity, Pauline tradition, Johannine tradition.

---

\* Artículo de investigación, producto del Semillero de teología contemporánea

\*\* Teólogo, de la Universidad Santo Tomás (Bogotá, Colombia) ORCID: <https://orcid.org/0009-0002-2742-3794>  
Correo institucional: [francomiranda@usantotomas.edu.co](mailto:francomiranda@usantotomas.edu.co)

## Introducción

A pesar de los esfuerzos actuales por fomentar la unidad entre las Iglesias y comunidades cristianas, aún persisten dentro del movimiento ecuménico, algunos desafíos teológicos que pueden ralentizar el ideal de unidad en medio de la diversidad. Estos desafíos, que en ocasiones pueden estar sustentados por las divisiones históricas o rupturas eclesiales vividas dentro del cristianismo, han influenciado de cierto modo en la mentalidad y la comprensión de algunos elementos esenciales de la fe cristiana. De la misma forma, el contexto social, cultural, lingüístico y político ha desempeñado un papel crucial en las confesiones cristianas en el momento de narrar su propia historia y su propio discurso, en los ámbitos teológico, litúrgico y organizativo.

El hecho de que el kerigma haya sido comprendido de diversas formas por las distintas Iglesias cristianas, no ha impedido que la novedad central contenida en él sea entendida por sus oyentes. Cada uno de los elementos que lo constituyen, que anuncia y expone el amor incondicional de Dios por la humanidad, contribuyó de alguna manera a transformar las relaciones sociales de los nuevos creyentes con su propio contexto. La particularidad de la fe en Cristo Resucitado, descrita en el kerigma, ha sido un campo fértil para explorar sus aportes, tanto para el enriquecimiento de un diálogo maduro y cercano con las nuevas realidades de la vida en una sociedad cada vez más desencarnada, como en la consolidación de la unidad en medio de la diversidad teológica que este puede proporcionar al momento de ser reflexionado y comprendido.

Más que un cúmulo de doctrinas, el kerigma se convierte en el fundamento doctrinal y la vida de las comunidades primitivas. El anuncio posee cinco ejes temáticos esenciales: (1) el cumplimiento de las Escrituras; (2) la muerte y resurrección de Cristo que es elemento esencial del kerigma; (3) la glorificación o exaltación del Crucificado; (4) la acción del Espíritu sobre todos los hombres, signo de la gloria de Cristo en la tierra; (5) el llamamiento a la conversión que suscita el bautismo para la absolución de los pecados. Todos estos elementos llevan a los oyentes a una experiencia de encuentro personal con Cristo, quien proporciona transformación en la vida de quienes acogen su contenido. Dicha experiencia de transformación puede convertir al kerigma como un punto de unión entre cristianos, ya que no sólo es un llamado a la conversión y la esperanza, sino que se constituye en bisagra de unidad, en el mensaje central para la fe, y el tesoro compartido que permite dialogar, aprender y crecer juntos.

Si bien la tradición paulina y la joánica comparten el mismo núcleo doctrinal del kerigma, sus enfoques teológicos presentan diferencias notables. La primera enfatiza la justificación por la fe, mientras que la segunda destaca el amor como vínculo fundamental para la unión con Dios. Por ello se hace menester considerar ¿cómo la comprensión del kerigma tanto en la tradición paulina y joánica favorecen el diálogo ecuménico y un camino hacia la unidad de los cristianos en medio de la diversidad?

Para ello, se considerará, en primer lugar, los elementos esenciales del kerigma cristiano presentes en la tradición paulina que alimentaron la unidad en medio de la diversidad durante los primeros siglos de la comunidad cristiana. Después, se hará lo mismo con la tradición joánica. Y, finalmente, se explorará cómo contribuyen a la construcción de un diálogo ecuménico, que estimula el trabajo conjunto de las diferentes denominaciones cristianas por una sociedad más

unidad y fraterna, y descubrir un camino para vivir la fe, respetando la diversidad de formas y adaptaciones del kerigma en cada comunidad eclesial.

## **1. El kerigma en la tradición paulina.**

### **1.1. Contexto teológico**

La singularidad del movimiento de Jesús, que tuvo sus inicios durante el desarrollo de su vida pública en las diferentes regiones de la Palestina de aquel entonces (Lc 10, 1-12), experimentó una peculiar transformación después de la última Pascua celebrada con Jesús. La reconstrucción de los diversos acontecimientos posteriores a su muerte, la resurrección propiamente dicha y las diferentes narraciones de las apariciones del crucificado-resucitado se convierten en los aspectos esenciales que describen la intervención salvífica de Dios en la historia. Esta acción trasciende mucho más allá de la comprensión racional de la humanidad.

Así pues, los relatos de las apariciones del crucificado-resucitado ofrecen una explicación teológica y experiencial para comprender la transformación radical que experimentaron los discípulos del Maestro, quienes, a partir de esos encuentros, se convierten en mensajeros de Jesús y heraldos de su causa. Por consiguiente, toda la acción misionera de los primeros receptores de la palabra estuvo marcada por la aceptación de la proclamación (*kerigma*) del mensaje de Jesucristo, acompañado, en algunas ocasiones, por sucesos milagrosos inherentes a su predicación (Mc 6, 15-17). Por esta razón, la comprensión del kerigma jugó un papel sobresaliente al momento de ser transmitido y posteriormente compilado en los Evangelios (Jn 21,24-25).

Los escritos del Nuevo Testamento, que enuncian y recopilan la experiencia del anuncio kerigmático de la primitiva comunidad de cristianos, permiten sopesar su eficacia y la forma de ser entendido como un suceso que se manifiesta a través de la proclamación. El proclamar (*kerysso*) no sólo involucra activamente al heraldo (*keryx*), en quien recae la responsabilidad, hasta cierto punto, para su realización y cumplimiento concreto (2Tim 4,17) igualmente se vincula al oyente, quien es afectado por la palabra que le ha sido dirigida, produciendo en él la fe que trae salvación (Rom 10,17). Por ello, los apóstoles y los demás miembros de la comunidad de creyentes se presentan como los legítimos testigos y mensajeros del Resucitado. Su misión es llevar a cabo la tarea de presentar a Jesús como la última y decisiva palabra de Dios, que trae salvación a toda la humanidad (Ramis, 2010).

Para este efecto, fue necesario en primer lugar, que las palabras y los hechos de Jesús tuviesen que ser recordados, comprendidos y proclamados por los apóstoles. En segundo lugar, estos debieron ser anunciados por las comunidades y, por último, ser escritos. De manera que los discursos misioneros contenidos en el texto de los Hechos de los apóstoles (Hch 2,14-41; 3,16-26; 4,9-12; 5,29-32; 10,34-43; 13,16-41; 14,15-17; 17,22-21), los enunciados kerigmáticos del corpus paulino (1Cor 15,3b-5; 1Tes 1,9-10; Rom 1,3-4), las confesiones de fe de la primitiva Iglesia, (1 Tes 4,14; Jn 20,28; Rom 10,9; 1Cor 8,6; Ef 4,5; Flp 2,11) y los himnos (Flp 2,6-11; Col 1,13-20; 1Tim 3,16) se constituyen en las fuentes del kerigma.

En otras palabras, “el kerigma es la síntesis y fundamento del contenido de la fe cristiana que comunicaban las primeras comunidades a quienes aún no habían tenido contacto y conocimiento del mensaje de Jesús. El contenido de Hch 2,22b-24, descrito en el discurso misionero de Pentecostés, es el núcleo kerigmático por excelencia” (Ramis, 2010, p. 64).

Dicho lo anterior, después de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, y durante los primeros siglos de la expansión del cristianismo, las primeras comunidades pusieron por escrito las enseñanzas de quienes habían escuchado y conocido directamente a Jesús, y el testimonio

auténtico de entrega por su causa. Si bien, para la mayoría de las comunidades de cristianos, la proclamación de la resurrección de Jesús constituye el suceso singular que recapitula su historia y la comprensión de la propia existencia; su forma de aprehensión y transmisión varía conforme a la tradición recibida. En el caso de las comunidades de pensamiento paulino, la percepción de esta realidad tiene una mayor difusión. El contenido de su predicación es el mismo Jesucristo, quien es presentado como el Señor (*Kyrios*), gracias al evento de la resurrección que posibilita e inaugura la salvación (Ramis, 2010).

## **1.2. El cumplimiento de las Escrituras**

Haciendo uso de la metáfora y el testimonio para la transmisión de la proclamación, la tradición paulina entiende que la realidad salvífica expresada en el mensaje kerigmático plasmado en la mayoría de sus epístolas, está centrado en la identificación del resucitado con el crucificado (Rom 10,8), lo cual corresponde al contenido del mensaje de la Pascua. Para Pablo, el encuentro con el crucificado, narrado en su conversión, forjó en él una transformación al comprender la interpretación de Dt 21, 23 propuesta por la comunidad cristiana.

A pesar de haber sido un ferviente perseguidor de los cristianos, Pablo experimentó una radical conversión que lo llevó a reconocer en el signo de la cruz la plena realización de la figura del Siervo de Yahvé, tal como había sido anunciada por los profetas. Esta profunda transformación teológica, que llevó a Pablo a ver en la cruz el instrumento de la salvación, tuvo un impacto decisivo en la formación del cristianismo primitivo, al establecer una conexión insoluble entre la muerte de Cristo y la esperanza de la resurrección (Aguirre, 2010).

Es precisamente en la experiencia de Pablo donde se produce una ruptura radical con la concepción tradicional de la Ley. Es allí donde empieza a surgir un nuevo camino de reconciliación con Dios, no fundamentado en los ritos sacrificiales, sino en la obra redentora de Cristo en la cruz, estableciendo así una comprensión radicalmente nueva de la relación entre Dios y el ser humano. La muerte de Jesús en el madero, estableciendo una nueva comprensión salvífica de la humanidad (Aguirre, 2010). Por consiguiente, el centro de la predicación paulina no estará concentrado en normas de conductas ni en la adecuada interpretación de la Ley. Por el contrario, lo estará en la aceptación del kerigma a través de la fe, es decir, tener la capacidad de comprender y asimilar el sentido de la muerte, resurrección de Jesús y la superación de la Ley. Por esto, es necesario que el creyente se convierta en testigo de la resurrección de Jesús junto con los demás apóstoles (Hch 1,21-22).

## **1.3. La realidad del Crucificado**

La nueva concepción que impactó la vida de Pablo jugará un papel preponderante en las comunidades visitadas y fundadas por el apóstol de los gentiles, quien entiende que el mensaje kerigmático, reflexionado y comprendido en su encuentro con el Crucificado, no estaría limitado a un grupo determinado. Al contrario, las buenas noticias de Jesús deberán ser anunciadas en todos los rincones del Imperio y estar disponible para todos, especialmente para las víctimas y excluidos de la sociedad romana (Bogaert, 1993). En efecto, la proclamación del triunfo y el señorío del crucificado sobre la muerte (1Cor 1,18.23; 2,1), propuesto por Pablo, traería consigo unas nuevas comprensiones teológicas del Reino de Dios. La muerte del Mesías en la cruz aporta una nueva comprensión de la imagen de Dios. Este no es sólo el Dios justo, sino también el Dios amoroso que justifica y muestra su amor a todos, concediendo la salvación al género humano.

Precisamente por eso, los discípulos de Jesús ya no podían quedarse en la mera repetición de las enseñanzas de su maestro. Fue necesario transformar el contenido del mensaje (*kerygma*) y hacer de Jesús su contenido (Coenen, 2006). El acontecimiento de la cruz se constituye en la manifestación de Dios, quien irrumpe en la historia del mismo Mesías crucificado para volverlo un hecho de salvación. Todo esto parece confirmar que, en Pablo, el anunciar (*kerysso*) implicaba hacer presente lo que Dios había realizado en Cristo para la salvación del mundo, es permitir al género humano abrazar por la fe la salvación. De manera similar, la comprensión paulina del kerigma conlleva una nueva percepción de la relación con Dios. El mensaje de Cristo proporciona justificación al aceptarlo únicamente por fe. Así, se contrarresta la tendencia adámica del ser humano a ensalzarse a sí mismo, en favor de la autoentrega siguiendo el ejemplo de Cristo, quien, a través de su cruz, exalta a Dios (Dunn, 2014).

#### **1.4. La resurrección de Cristo**

Siendo la resurrección el elemento esencial del kerigma, los escritos de la tradición paulina tratan de describir esta realidad bajo algunos elementos propios del contexto religioso predominantes de su entorno, a saber: el judío y el griego. Justamente, la resurrección de Cristo fue entendida y explicada bajo tres formas metafóricas. La primera es conocida como el despertar (*egeirô*): Jesús al resucitar fue despertado de entre los muertos (1Cor 15,3b-5). La segunda se conoce como el levantar (*anistêmi*): Jesús al resucitar se levantó o se puso de pie (1Tes 4,14). Y la tercera es conocida como el exaltar o glorificar (*hypsoo*), Jesús, al resucitar, fue elevado al cielo junto a Dios Padre (Flp 2,6-11; Hch 2,33; 5,31). Ahora bien, cada una de ellas tiene como fin establecer que el episodio de la resurrección de Jesucristo no es un mero acontecimiento aislado presenciado por un grupo de fanáticos. Al contrario, este es un evento escatológico que marca el inicio de una nueva creación, una mejor forma de acercarse al Dios de la historia, quien irrumpe en ella para traer salvación a quienes acogen esta proclamación (*kerygma*) con fe (Sánchez Bosch, 2007, p. 190).

En la primera expresión, despertar (*egeirô*), Dios Padre se constituye en el sujeto agente implícito de la resurrección, es decir, Jesucristo es resucitado mediante la intervención del poder de Dios. Bajo esta perspectiva, tanto la resurrección de los muertos como la resurrección de Jesús hacen parte del pasado y son efectos de la intervención de Dios (Herranz Marco, 2008, p 59). Dicho de otra manera, la muerte y resurrección de Cristo constituyen en un evento indisoluble que trae salvación a la humanidad. De la misma manera que Cristo fue resucitado (*egeirô*), los creyentes también experimentarían dicho efecto. En la segunda expresión, se levantó o se puso de pie (*anistêmi*), se evidencia que, la resurrección otorga a Cristo el poder sobre la muerte, la cual es vencida porque ella no lo puede retener (Hch 2,24). A su vez, la resurrección de Cristo permite al creyente vencer el poder del pecado (1 Cor 15,17) y experimentar la nueva vida otorgada por la acción salvífica de Dios (Pastor-Ramos, 2010, p 103). Con la última expresión, glorificar o exaltar (*hypsoo*), Cristo es elevado a una posición privilegiada, junto al trono de Dios. Bajo esta perspectiva la resurrección de Cristo abre un nuevo camino de participación del creyente a la intimidad de Dios. Con ello, se describe el señorío del Cristo Crucificado-resucitado, Señor (*Kyrios*) de vivos y muertos quien ha vencido a la muerte. Gracias a los relatos de la resurrección y la experiencia de las apariciones de Cristo resucitado es posible hablar de la exaltación de Cristo (Sánchez Bosch, 2007, p. 191).

#### **1.5. La acción del Espíritu sobre todos los hombres**

De algún modo, todos estos elementos brindan las bases de una nueva realidad escatológica, de vocación universal y política que luego será conocida como *ekklêsía*. El mensaje kerigmático de las comunidades paulinas concentra sus esfuerzos en promover una esperanza que nace de la recepción y acción del Espíritu de Dios. El nuevo creyente experimentará la filiación divina (Gál 4,6-7) entendiendo su nueva condición, “nueva creatura en Cristo” (1Cor 5,7), en la que se refleje y se transparente al Dios descubierto en la cruz en cualquier circunstancia de la vida. Por consiguiente, el creyente es invitado a acoger esta realidad transformadora a través de la fe (Rom 10, 8-19) exigiéndole una entrega total, es decir, oblativa y generosa hacia los demás siguiendo el modelo propuesto por el mismo Jesús (Vouga, 2002, p. 248).

## **1.6. El llamado a la conversión**

En la tradición paulina, la muerte y resurrección de Cristo están íntimamente relacionadas con el perdón de los pecados. Gracias a esta relación, el reinado del pecado es desplazado por un tiempo de gracia y perdón, al cual todo el género humano está llamado a participar mediante la aceptación del mensaje del kerigma. De este modo, se hace posible la salvación y el perdón de los pecados (Gal 1,4; 1 Cor 15,3). Así lo expone Pablo en su mensaje a los creyentes de la comunidad de Roma: “si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo” (Rom 10,9). En esencia, el kerigma se constituye en la predicación de la primitiva comunidad cristiana que busca llevar a los hombres a la conversión y el perdón de los pecados, para luego instruirlos en las enseñanzas de Jesús, las cuales generan una nueva conducta ante la vida. Fue de esta manera que surgieron los textos de los Evangelios, los cuales contienen las palabras de Jesús (*logias*) y de alguna manera poseen en su núcleo el mensaje kerigmático (Levoratti, 2007, p. 299).

## **2. El kerigma en la tradición joánica**

### **2.1. Contexto teológico**

Antes de indagar sobre la cuestión del kerigma cristiano en la tradición joánica, es necesario considerar el contexto sociohistórico y cultural que experimentó esta comunidad. A medida que el mensaje contenido en la predicación del kerigma se difundió entre sus miembros a lo largo de los años, la comunidad joánica se fue construyendo por etapas e influyó en la forma de entender y reflexionar sobre el contenido programático del kerigma. La memoria facilitó la construcción de la identidad colectiva de la tradición joánica, al tiempo que los acontecimientos eran reinterpretados a la luz de la Escritura y del presente (Aguirre, 2010). La comunidad joánica, originalmente compuesta por judíos que reconocieron en Jesús al Mesías esperado, experimentó segregación y persecución por parte de las autoridades judías, a tal punto que los miembros fueron desplazados de Palestina. Aquello facilitó el contacto con el mundo griego, provocando la universalidad del mensaje kerigmático y la comprensión de que el mundo era opuesto a Jesús (Brown, 2005, p. 28). Ese contacto suscitó que los miembros de la comunidad se enfrentarían a un contexto religioso más plural, lo que a su vez causó ciertas divisiones internas y llevó a interpretaciones opuestas del kerigma en aspectos cristológicos, éticos y hasta escatológicos. A pesar de las luchas internas y de tener una interpretación del kerigma un poco más tardía, fruto de la reflexión comunitaria, la tradición joánica mantiene el núcleo común propuesto por la comunidad primitiva. Así como la tradición paulina, en esta tradición se proclaman los hechos relacionados con Jesús y la instauración de una nueva era y un nuevo

orden de relaciones entre Dios y el hombre. Gracias a la acción del Espíritu Santo dentro de la comunidad, ella pudo condensar el kerigma en la forma literaria conocida como Evangelio.

Por otro lado, la labor misionera de Pablo en la ciudad de Éfeso (Hch 19) tuvo una gran influencia en la tradición joánica. Esta influencia fue tan significativa que el cuarto Evangelio incorporó elementos de la cristología cósmica de Pablo (Col 1,15-20), permitiéndoles modificar su perspectiva sobre Jesús y a su vez, desarrollar su propio enfoque teológico. La reflexión centró su interés en cómo los miembros de la comunidad deberían responder al hecho de haber sido salvados por Jesús y cómo vivir la vida plena que Él proponía (Jn 10,10). Bajo este contexto, la persona de Jesús, proclamada en el mensaje kerigmático, no solo se convierte en un modelo a seguir para alcanzar una intimidad plena con Dios, sino que se establece como el camino y el mediador entre Dios y los hombres.

La posición teológica propuesta por la tradición joánica sugiere que la proclamación del kerigma marca el inicio de una era y un nuevo orden de relación entre Dios y el ser humano, guiado por el Espíritu Santo. Este Espíritu será responsable de recordar a los nuevos creyentes todas las enseñanzas que el Enviado del Padre impartió en favor de la humanidad. El anuncio del cumplimiento de las profecías prometidas a los creyentes de la Antigua Alianza en Jesús inaugura el camino hacia un nuevo mundo y una nueva vida (Dodd, 2004, p. 25). Así, la comunidad joánica, tras una reflexión profunda, presentará a los creyentes de su tiempo una perspectiva más amplia del kerigma, enfatizando el deseo de presentar con claridad la persona de Jesús y la trascendencia de su misión salvífica, la cual tiene un alcance cósmico (Schnackenburg, 1987, p. 110).

## **2.2. El cumplimiento de las Escrituras**

Basándose en algunas referencias de la tradición judía sobre el Mesías, la comunidad joánica centra en la persona de Jesús y su misión los puntos básicos para el desarrollo de su pensamiento teológico. Con la doctrina del Enviado del Padre, se ve en Jesús al Mesías anunciado a sus antepasados en tiempos antiguos y al cumplidor de todas las profecías contenidas en la Antigua Alianza (Jn 1,45). Alejándose un poco de sus raíces judías, la comunidad joánica reclama formalmente para Jesús el título de Mesías, no de origen davídico, sino de otro mundo, la de un rey, pero con una realeza totalmente distinta (Jn 18, 36-37) y con signos más profundos que vienen a establecer un nuevo reino (Dodd, 2004, p. 115).

En la comunidad joánica, el Enviado es el Hijo del Padre, quien se constituye en sí mismo como el signo real de la acción salvífica de Dios. Él ha sido enviado al mundo no solo para actuar como emisario de un rey o llevar a cabo una obra. Por el contrario, Él está aquí, en medio de la oscuridad, para hacer presente al que nadie ha visto jamás, es decir, al Padre (Jn 1,18), porque “el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1,14). Por eso, la acción reveladora de Jesús en su misma persona se constituye en el eje central del mensaje kerigmático de esta tradición (Tilborg, 2012, p. 11). Cada uno de los episodios contenidos en el kerigma proclamados a los oyentes, y en especial al mundo, muestra el designio salvífico diseñado por Dios junto al Verbo (Enviado), quien preexiste antes de la creación y desciende de lo alto como Revelador del Padre (Marguerat, 2008, p. 354), porque “nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, es decir, el Hijo del Hombre que está en el cielo” (Jn 3,13).

Así pues, la Encarnación del Hijo de Dios se convierte en el punto de partida de la revelación de la obra del Padre, la cual será develada por el Unigénito y consumada en la glorificación del Hijo a través de la cruz. Por eso, la pasión, muerte y resurrección de Jesús se convierten en el punto culminante de dicha revelación (Lona, 2015, p. 86), manifestando de esta forma la gloria de la que el Redentor nunca se ve privada. “Porque cuando levantéis al Hijo del Hombre, entonces sabréis que yo soy y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo estas cosas como el Padre me enseñó” (Jn 8,8). Por ende, la aceptación del mensaje kerigmático exige del oyente acoger por medio de la fe la oferta de salvación, o rechazarla por completo (Jn 1,12).

### **2.3. La realidad del Crucificado**

En la comunidad joánica la realidad de la cruz no sólo se erige como un suceso histórico, sino como la manifestación y signo pleno de la gloria de Dios y de su amor incondicional por la humanidad. El crucificado es el Cordero sacrificial anunciado en la predicación de Juan el Bautista, (Jn 1, 29-33) que se ofrece como víctima perfecta de reconciliación por los pecados del mundo. En efecto, el evento de la cruz no constituye un suceso discordante. Por el contrario, este constituye el elemento revelador que desafía al hombre y lo invita a dejarse alumbrar por una sola realidad luminosa que no deja ningún rastro de tinieblas al mirar al traspasado en la cruz que ha sido glorificado (Jn 19,37). La glorificación del Hijo en la cruz no solo marca el retorno del Enviado al Padre, sino que también es el momento culminante de la acción salvífica de Dios. Esta glorificación es la fuente de la luz pascual, una luz transformadora que permite a los creyentes experimentar la transfiguración, porque “yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12,32).

De ahí que, el centro de la predicación kerigmática de la comunidad joánica (el retorno del Enviado) sea interpretado como la glorificación del Padre y del Hijo, “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en Él, no se pierda, más tenga vida eterna.” (Jn 3,16). La cruz, por tanto, se convierte en el puente de salvación entre Dios y el ser humano, donde el amor sacrificial de Cristo abre el camino a la salvación y la vida eterna.

### **2.4. La resurrección de Cristo**

En la comunidad joánica, el acontecimiento de la resurrección de Cristo no se considera un evento aislado de la pasión y crucifixión; más bien, todos estos forman parte de un solo suceso: el retorno del Hijo al Padre. Con la resurrección de Jesús se completa la glorificación y divinidad del Verbo, quien ha recibido del Padre la capacidad de dar su vida y volverla a tomar (Jn 10,18). De modo que, con ella, se cumple la promesa de Dios y se proporciona a los creyentes la capacidad de ser liberados del poder del pecado y de la muerte, de la misma manera que el Hijo fue liberado del poder de la muerte y constituido Señor de todo a través de su existencia humano-divina (Pastor-Ramos, p. 85).

En efecto, la resurrección de Jesucristo, como parte integral del kerigma cristiano, proclama, en primer lugar, que esta va más allá de una reanimación física o biológica de un cadáver. Es la puerta de acceso a una vida nueva y plena (Jn 10,10), una vida de intimidad con el Padre, quien, por medio del poder de la resurrección, nos ha constituido como sus hijos, de la misma forma en que el Hijo goza de la relación con Él (Jn 20,17b). En segundo lugar, esta

posibilita al creyente la santificación gracias al don del Espíritu Santo, otorgado para vivir bajo su guía y compañía. Y, en último lugar, la resurrección convierte al creyente en testigo y proclamador de la Buena Nueva, pues ya no es un acontecimiento que se realizará en el futuro, sino que tiene lugar en el momento en que el creyente asume la vida de Cristo, quien es la resurrección y la vida (Lona, 2015, p. 133).

Por lo tanto, el acontecimiento de este plan salvífico, consumado en la cruz como la glorificación del Hijo junto al Padre, corresponde a un elemento relativamente tardío en el kerigma y sugiere a su vez la resurrección y ascensión de Cristo a su llegada al cielo. Por tal razón, los relatos pascales narrados por la comunidad joánica no tienen como objetivo anunciar la resurrección del Crucificado, sino poner en relieve al Jesús-Verbo preexistente y encarnado, quien es el revelador del Padre. La comunidad eclesial de pensamiento joánico insistirá, a través de su predicación, en ubicar como elemento fundamental de la vida cristiana la relación personal de Jesús con los hombres. La vida nueva es posible únicamente a través de una relación íntima y personal con Jesús, quien se revela como el único camino hacia el Padre y la fuente de vida eterna (Jn 14,6). Por consiguiente, la acción salvífica del Hijo se despliega en el venir de y volver hacia el Padre (Vouga, 2002, p. 266).

## **2.5 La acción del Espíritu sobre todos los hombres**

Con la tradición joánica, se supera la reflexión primitiva sobre el Espíritu Santo, avanzando su comprensión como persona gracias a todas las labores que cumple al momento en que el Hijo asciende al Padre. Por tal razón, la obra del Espíritu Santo juega un papel vital en la vida de los creyentes, ya que Él no sólo es enviado por el Resucitado (Jn 20, 22) para proporcionar una vida una vida imperecedera, también es el aquel que permite su santificación, el nuevo nacimiento y les hace superar la fragilidad de la carne ya que es principio de vida eterna (Perroni y Tragan, 2019, p. 50).

La reflexión joánica va mucho más allá sobre la tarea del Espíritu. Más que una fuerza o memoria que trae al presente todas las enseñanzas de Jesús, Él es quien ha sido llamado a estar al lado (*para-kaléo*) y permanecer siempre junto a quien asume la responsabilidad de amarle. El Espíritu no posee un cuerpo corruptible ni está sujeto a las leyes de la naturaleza, ni de la muerte. Al contrario, el Espíritu de Dios estará siempre para revivir en los acontecimientos de salvación en la vida de los creyentes, permitiéndole profundizar en la intimidad del Padre. El Espíritu Santo es garantía de que la obra redentora de Dios se siga efectuando por medio de los miembros de la comunidad, pues él permite extraer el sentido profundo de esos signos para iluminar cualquier época de la historia. (Carrillo Alday, 2010, p.394). Esta acción del Espíritu es esencial para la comprensión de la vida cristiana y la misión de la Iglesia (Zevini, 1995).

## **2.6. El llamado a la conversión**

Haciendo énfasis en la necesidad de nacer de nuevo y creer en Jesús para obtener la vida eterna (Juan 3, 3-16), la tradición joánica elaborará una profunda reflexión teológica sobre la exigencia de permanecer unidos a Jesús para alcanzar no sólo la plenitud de la vida, asimismo la capacidad de tener una relación íntima y estrecha con el Padre (Juan 15). Por ende, este llamado a la conversión es una invitación a abandonar el pecado y seguir a Jesús, aceptando su sacrificio

y resurrección como el camino a la salvación (Levoratti, 2007). La conversión es vista como un proceso continuo de transformación y renovación espiritual (Vouga, 2002).

En esa misma perspectiva, la experiencia de salvación propuesta por el kerigma presupone una verdadera experiencia de amor y filiación divina. Gracias a la mediación del Hijo glorificado y al envío del Espíritu, el creyente puede sumergirse en el ágape del Dios Uno y Trino, que lo engloba todo. A ejemplo del discípulo amado, quien inclinó su cabeza sobre el pecho de Jesús (Jn 13,25) descubre en la intimidad con el Maestro, el verdadero modelo y medida del amor de todos los creyentes. No se trata sólo de imitación, más bien de una entrega completa por la misma causa y por el mismo reino de Dios. Todos los que creen en Jesucristo asumen convertirse en verdaderos proclamadores y revelar con su estilo de vida los frutos de la comunión adquirida en lo más íntimo de su ser con un Dios-amor, que es plenitud y gozo (Jn 17,23).

Por este motivo, las acciones de permanecer (Jn 15), habitar junto a, verlo, conocerlo, amarlo, estar con él, entre otras, características del lenguaje joánico, son una invitación a experimentar una relación profunda y recíproca con Dios, con el propósito de establecer una existencia escatológica en la presente vida, y una participación a la vida eterna: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Jn 17,3). Después de la aceptación del mensaje kerigmático en la comunidad de Juan, los creyentes alcanzan la nueva vida, dejan a un lado la oscuridad y ahora son constituidos hijos de Dios gracias a la acción interior del Verbo de Dios, el cual el hombre debe acoger y asimilar. De igual modo, la verdadera comunidad cristiana es aquella comunidad de hermanos, capaz de vivir el vínculo de la caridad y del amor (1Jn 4,7).

En conclusión, la exaltación hacia el Padre no solo se concibe en el centro del mensaje kerigmático joánico, sino que al mismo tiempo se establece una serie de nuevas comprensiones sobre la vida y misión salvífica de Jesús en el mundo: Él es el Hijo que otorga vida, el Hijo de Dios y redentor quien revela al Padre, la Palabra hecha carne. Todos estos elementos permiten comprender que para el pensamiento joánico el mundo (*kosmos*) y el hombre, aunque sean realidades débiles y heridas, obtendrán la salvación a través de la obra de la Palabra hecha carne y exaltada en la cruz. De ahí radica la novedad del kerigma joánico: la obra salvadora del Hijo glorificado tiene un alcance cósmico.

### **3. Kerigma y la unidad de los cristianos**

#### **3.1. La armonía en la diversidad: comprensiones del kerigma**

Tras un examen exhaustivo de los elementos teológicos e históricos del kerigma en las tradiciones paulina y joánica, se puede evidenciar que el mensaje kerigmático, adaptado por ambas, no solo funcionó como un agente unificador en la construcción de la identidad cristiana primitiva, sino que también impulsó la búsqueda de unidad dentro del movimiento cristiano. Gracias a estos dos enfoques, el kerigma se enriqueció teológica y culturalmente, sentando las bases para la comunión entre los cristianos. Al profundizar en cada uno de sus elementos y reflexionar sobre sus implicaciones en la vida de los integrantes de las comunidades cristianas primitivas, se puede constatar su riqueza. Ambas tradiciones, la paulina, enfatizando la justificación por la fe (Rom 3,28) y la nueva creación en Cristo (2 Cor 5,17-19), y la joánica, con

su énfasis en el amor de Dios (1 Jn 4,10-19) y la vida eterna (Jn 17,3), han impulsado a los creyentes de las distintas comunidades eclesiales a buscar una comunión más profunda (Rom 15,25-27), celebrando la diversidad de sus expresiones de fe, pero siempre anclados en el núcleo común del kerigma (1 Cor 15,3-4).

En el dinámico horizonte ecuménico actual, el kerigma emerge como una herramienta invaluable para fomentar la unidad cristiana en este contexto plural de comunidades eclesiales. Su capacidad transformadora trasciende las divisiones eclesiales, permitiendo que cada Iglesia y comunidad trabaje en pro de la reconciliación, siempre teniendo presente a Cristo. Al articular la experiencia de la salvación y la vocación universal a la santidad, el kerigma construye puentes de comunión, edificando una sola Iglesia, Cuerpo de Cristo (Augustin, 2018).

Un vivo ejemplo de esta experiencia de unidad en la diversidad se percibe en la primera carta de Pablo a los corintios, donde, usando la metáfora del cuerpo humano (1 Cor 12:12-31), fundamenta su ideal de unidad. En ella, cada miembro, con funciones diversas, está llamado a trabajar en armonía bajo la guía del Espíritu Santo. Él es quien posibilita esta unión en la diversidad. Por consiguiente, cada comunidad eclesial e Iglesia, con Cristo como única cabeza, está llamada a desarrollar su misión evangelizadora, aunque con expresiones culturales y teológicas variadas, sin perder la esencia del kerigma (UR 2).

Esta misma visión de la unidad, arraigada en el kerigma, encuentra un eco en el relato de la Última Cena (Jn 17:20-23) de la tradición joánica. Durante la celebración pascual, Jesús ora al Padre pidiendo la unidad de sus Discípulos quienes deben anunciar el mensaje de salvación a todo el mundo (*kosmos*). Jesús desea que sus discípulos sean uno, así como Él y el Padre son uno (Jn 17:22). El camino hacia la unidad de los creyentes sólo es posible bajo la manifestación del amor mutuo y en la colaboración del anuncio del kerigma a todos los hombres. Aquello se constituye en un signo de la misión del Hijo, a quien Dios ha enviado para la salvación de la humanidad, y en la que cada miembro de esta unidad participa gracias a la acción del Espíritu Santo en su vida (UR 4).

Bajo la luz de este faro (Jn 17, 22), el movimiento ecuménico ha descubierto la riqueza que encierra la diversidad en la unidad y comunión en Jesucristo, lo cual se hace evidente cuando cada una de las Iglesias y comunidades eclesiales que lo conforman pone al servicio de los demás sus cualidades, características, dones, talentos, logros y fallas, con el propósito de construir el Reino de Dios y la paz integral en un mundo cada vez más desencarnado (Beltrán, 2000). El kerigma ha encontrado en los diversos elementos culturales de las diversas Iglesias una forma de expresar la novedad que encierra su mensaje. Por medio de distintos simbolismos, ritos, cosmovisiones, lenguajes y expresiones, las Iglesias y las comunidades eclesiales tratan de comunicar verdades profundas sobre Dios y la salvación. De igual modo, la construcción de sus valores, costumbres y contexto social ha influido en la manera como cada uno de los miembros de dichas Iglesias y comunidades eclesiales pone en práctica el cumplimiento de las enseñanzas contenidas en el kerigma (Pérez Prieto, 2014).

Ahora bien, esta unidad en medio de la diversidad no pretende generar una especie de uniformidad bajo una única jurisdicción canónica. Por el contrario, con ella se intenta comprender y construir una comunión que valore el patrimonio de la pluralidad y la diferencia de sus integrantes, a ejemplo de las primeras comunidades cristianas, que, a pesar de ser tan heterogéneas entre sí, alcanzaron de alguna manera aquella sinfonía eclesial que contribuyó a

que el mensaje kerigmático fuese expandido y comprendido conforme a cada contexto cultural y social, lo que enriqueció el movimiento cristiano (Pérez Prieto, 2014).

En definitiva, la diversidad en la comprensión del kerigma no ha sido un obstáculo para que cada miembro de las diferentes Iglesias y comunidades eclesiales comprenda el ideal de unidad en medio de la diversidad y valore la riqueza histórica, social, espiritual y teológica que no se debe perder ni por una parte ni por la otra. La pluralidad de las Iglesias y comunidades cristianas debe constituirse en un signo positivo de la riqueza de la obra del Espíritu Santo, quien hace posible la unidad en medio de la diversidad como lo afirma el teólogo Oscar Cullmann: “si bien no hay unidad posible sin el Espíritu, donde obra el Espíritu hay diversidad” (Pérez Prieto, 2014, p. 81).

### **3.2. Vivencia del kerigma como camino hacia la unidad.**

Hoy en día, la globalización y el uso de nuevas herramientas tecnológicas han facilitado la difusión del kerigma a escala mundial, pero también han puesto de manifiesto la complejidad de mantener la unidad en la diversidad. Esta expansión ha permitido que la proclamación del kerigma experimente una rica variedad de expresiones litúrgicas y acciones pastorales, inspirando a muchos a seguir más de cerca las huellas de Jesucristo. Si bien esta pluralidad de expresiones enriquece el ideal de unidad también revela el desafío de mantener la unidad en la diversidad. A pesar de las diferentes comprensiones de algunos elementos del mensaje kerigmático, la experiencia transformadora de vivir bajo la acción del Espíritu Santo se erige como un punto de convergencia fundamental. El Espíritu Santo es aquella fuerza que posibilita la unión con Cristo, superando todo tipo de divisiones y diferencias. Como expone el apóstol Pablo: “Procuren mantener la unidad que proviene del Espíritu Santo, por medio de la paz que une a todos” (Ef 4,3).

En efecto, la unidad no solo es una señal de la presencia del Espíritu en la vida de los creyentes, sino también un don de Dios, y como tal, exige que cada uno de los miembros del cuerpo de Cristo viva y experimente una comunión más profunda y amorosa con Él (Jn 17,22). Esta comunión se presenta ante el mundo como testimonio del amor de Dios por la humanidad herida y de la necesidad de esa paz que sobrepasa todo entendimiento; y solo es posible bajo la guía del Espíritu de la verdad que el mundo no ha conocido. El kerigma, como fruto de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia, es el instrumento principal para fomentar esta unidad y dar testimonio del amor de Dios. Por consiguiente, la tarea de cada Iglesia y comunidad eclesial es acoger este don y hacerlo visible a todos, para que viéndolo el mundo crea (Jn 17,21). Por eso, la unidad entre los cristianos debe convertirse en un signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano. Gracias a la obra del Espíritu Santo, el creyente se convierte en un testigo (*mártys*) de Cristo (Hch 1,8) ante el mundo y un heraldo (*keryx*) del kerigma (Rom 1,16). Es este mismo Espíritu quien trae a la memoria las palabras de Jesús, tal como Él lo prometió (Jn 14, 26). (FLM, 2017).

Por tanto, cada una de las expresiones litúrgicas, teológicas y espirituales de las distintas tradiciones cristianas constituye un tesoro invaluable que enriquece la vivencia del kerigma y manifiesta su riqueza. Lejos de ser una amenaza, la diversidad se presenta ante el mundo de hoy como un instrumento de unidad y reconciliación, valorando cada uno de los aspectos que promueven la construcción de relaciones sanas y auténticas con Dios y con los miembros que comparten la fe en Jesucristo (UR 5).

Por consiguiente, la proclamación del mensaje kerigmático, impulsada por el Espíritu Santo, sigue siendo el eje central de toda la actividad misionera de las diferentes comunidades eclesiales e Iglesias, las cuales buscan que el mundo entero sea iluminado con esa luz que es capaz de traer gozo y salvación (Jn 8,12). Es el Espíritu quien, haciendo viva y eficaz la Palabra de Dios, transforma continuamente el kerigma, adaptándolo a las necesidades de cada época y cultura. Igualmente, la novedad del kerigma sigue renovando la actividad de las Iglesias, y su fulgor llegará a su plenitud en el momento en que todas las cosas sean recapituladas en Cristo (Ef 1,10). Así, el llamado a caminar hacia la comunión en Cristo, reconociendo que las diversas realidades que se encuentran presentes hoy en día en cada comunidad de fe deben conducir a una intimidad cada vez mayor con el Padre. Cristo es la esperanza de gloria (Col 1,27), “que confiere un sentido unitario a todas las sílabas, las palabras y las obras de la creación y de la historia” (Juan Pablo II, 2001).

### **3.3. La evangelización, una llamada a la conversión ecuménica**

El camino hacia la unidad exige de cada miembro de las distintas Iglesias, una real adhesión a Él, como lo expone la tradición joánica a través de la metáfora de la vid y los sarmientos. Para producir los frutos de conversión es menester permanecer adheridos siempre a Él. “Porque si ustedes no permanecen unidos a mí, no darán fruto” (Jn 15,4). Esta exigencia no solo lleva a los creyentes a la plenitud de la vida, sino también a la capacidad de tener una relación íntima y estrecha con el Padre. En otras palabras, es una invitación a ser partícipes desde ya, de una vivencia relacional, trascendental y de comunión recíproca con Dios, con el propósito de no solo establecer una existencia escatológica en la presente vida, y una participación en la vida eterna, sino también de producir con novedad frutos con los cuales el creyente va mostrando al mundo aquella luz que vino al mundo para dar salvación y esperanza. Por lo tanto, quien recibe a Cristo y su palabra recibe de Él la salvación y la vida eterna (Mauti, 2023).

De la misma manera que en la tradición joánica, el llamado a la conversión no se queda en palabras abstractas, bajo la misma sinfonía, la tradición paulina explica que esta conversión exige del creyente su transformación radical (2 Cor 5,17). En Cristo, el creyente debe comprender y aceptar una nueva condición de nueva criatura, y esta vivencia radical debe dar como frutos aquellas actitudes que lo mantienen unido a Cristo, y que se evidencian a través de la vivencia del fruto del Espíritu: “El Espíritu produce amor, alegría, paz, tolerancia, amabilidad, bondad, lealtad, humildad y dominio de sí mismo” (Gál 5,22-23). La vivencia de este fruto se constituye en una excelente herramienta para mostrar la eficacia del mensaje kerigmático: “porque es poder de Dios para todo el que cree” (Rom 1,16). Quien es capaz de vivirlos y asumirlos se constituye en un heraldo (*kéryx*) del kerigma. Ya que quien “camina junto a Jesús, guiado por el Espíritu Santo, es impulsado a una conversión continua y a la fraternidad cristiana” (Polanco, 2017, p. 638).

Para el ecumenismo, la unidad de los cristianos se hace posible gracias a la experiencia compartida de la fe. Por tal razón, el llamado a la conversión, que forma parte de los elementos constitutivos del mensaje kerigmático, encuentra en él su resonancia. El movimiento ecuménico apuesta por la experiencia de un encuentro sincero y personal con Jesús, que transforma de manera profunda la vida de todo aquel que se acerca. Aunque existan diversas formas de comprensión teológica y litúrgica del kerigma, la conversión siempre apunta a una vivencia auténtica del amor a Dios y al prójimo (Bonilla Morales, 2015). Así pues, la unidad de los cristianos no solo se configura como un proceso teológico, sino que se convierte en un camino

espiritual que reclama un proceso de conversión y renovación. La conversión a Jesucristo exige del creyente la construcción de un caminar junto en las diferencias, con la capacidad de comprender, valorar y respetar las distintas formas de vivir y anunciar el kerigma. Como señala el papa Francisco en la *Evangelii Gaudium*, “todos somos peregrinos, y peregrinamos juntos. Y es necesario confiar, entender y comprender el corazón del compañero de camino sin recelos, sin desconfianzas, y mirar ante todo lo que buscamos: la paz en el rostro del único Dios” (244). Por consiguiente, al ser el alma del movimiento ecuménico, el ecumenismo espiritual encontrará, por medio de la oración y la penitencia, el establecimiento de una vivencia radical del mensaje kerigmático a través del alimento diario de la Palabra de Dios en la Sagrada Escritura, y en su acogida en el corazón de cada creyente (Augustin, 2018).

### **3.4. El amor como centro de la evangelización y diaconía cristiana**

Es importante recordar que “de este modo todos sabrán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros” (Jn 13,35). Bajo esta perspectiva, tanto la tradición paulina como la joánica marcan la centralidad del servicio (*diakonía*) cristiano, la cual solo es posible bajo una vivencia radical en un amor sin condición ni retribución (*ágape*). En ambas tradiciones, el amor se constituye en el hilo conductor de la acción cristiana y sin este el seguimiento a Cristo se convierte mero acto de filantropías que buscan solo enaltecer las obras de los hombres. A ejemplo de Jesucristo, cada miembro de su cuerpo debe entregarse a los demás con la misma intensidad con la que él se entregó por la humanidad. Este amor (*ágape*) debe constituirse en el motor que impulsa a los creyentes a vivir en comunión y fraternidad (Córdova, 2014).

Dios ha querido expresar todo su amor por la humanidad a través de un mensaje vivo, capaz de producir vida cada vez que entra en contacto con los oyentes. Y en esto consiste la novedad y el centro del mensaje kerigmático de las comunidades cristianas e Iglesias: un amor que se hizo visible en la persona de Jesucristo. Por lo tanto, la vivencia del amor de Dios se configura como un anuncio común: Dios se ha hecho visible en Jesucristo de modo insuperable y único (Augustin, 2018). No basta solo con anunciarlo, es necesario vivirlo para que la humanidad pueda leer este anuncio en cada creyente, “ya que somos una carta escrita por Cristo” (2 Cor 3,3), es decir, nuestras vidas son una expresión directa del mensaje de Cristo, y es el Espíritu quien transforma nuestros corazones y nos capacita para vivir de acuerdo con la voluntad de Dios.

La riqueza de la unidad de los cristianos, dentro de la diversidad, radica en la posibilidad de ser testigos vivientes del amor incondicional de Dios, manifestado en el amor mutuo (1 Jn 4,7-21). A través del servicio común a los miembros necesitados del único cuerpo de Cristo, damos testimonio de nuestra unidad en Él. Este compromiso trasciende y fortalece el vínculo del amor, invitando a otros a vivir esta realidad transformadora que rompe, de alguna manera, los parámetros y cambia la lógica de un mundo desencarnado y herido (Augustin, 2018). Por tanto, el testimonio del amor de Dios y la búsqueda común de accesos y caminos hacia la consecución de la paz, resumidos en el amor, serán la manera en que el mundo conocerá la realidad del amor divino (Gómez Zuluaga, 2021).

## **Conclusiones**

El hecho de que dentro del movimiento cristiano existan diferentes maneras de comprender e interpretar los elementos teológicos del kerigma, no constituye un obstáculo insuperable para el desarrollo de un diálogo ecuménico maduro y fraterno. Al contrario, la pluralidad de perspectivas enriquece la comprensión del mensaje kerigmático dentro de las tradiciones cristianas. Al profundizar su contenido puede identificar con mayor precisión las herramientas necesarias para una comprensión más profunda y colaborar en la búsqueda de la verdad. Es importante destacar que el kerigma, como el núcleo central de la fe cristiana, insta a cultivar relaciones fraternas y a trabajar juntos en la construcción del Reino de Dios. Por lo tanto, cada Iglesia y comunidad eclesial está llamada a contribuir a este esfuerzo, aportando su propia perspectiva y experiencia.

El encuentro personal con el kerigma debe producir en cada creyente una profunda conversión, fruto de una íntima relación con la persona de Jesús, llevándolo a renovar su mentalidad e identidad como hijo de Dios y a generar vínculos de fraternidad con el prójimo. La experiencia de permanecer unido a Cristo debe impulsar al creyente a caminar junto con aquellos que también desean extender el mensaje kerigmático por el mundo como signo de salvación y del amor de Dios por toda la humanidad. En otras palabras, la comprensión y aceptación del kerigma produce en quien lo acoge una transformación radical, llevándolo a una nueva comprensión de sí mismo y de su relación con Dios y con los demás.

La comunidad eclesial se constituye en el lugar privilegiado para la transmisión y vivencia del kerigma. En ella, cada uno de sus miembros está llamado a construir la comunión fraterna y a testimoniar el amor de Dios ante un mundo cada vez más desencarnado. Por consiguiente, el kerigma debe constituirse en fuente de inspiración para fortalecer los lazos entre las diferentes Iglesias, a través del estudio asiduo de la Escritura, la oración interconfesional y los proyectos de servicio social que promueven el diálogo ecuménico.

No obstante, el camino hacia la unidad eclesial en medio de la diversidad también enfrenta algunos desafíos, los cuales exigen el fortalecimiento de la escucha activa para un mutuo entendimiento. Lejos de resaltar las diferencias teológicas profundas y las históricas, el diálogo ecuménico busca valorar la riqueza que existe dentro de la diversidad y promover herramientas precisas que lleven a promover la unidad como signo y testimonio vivo del kerigma ante el mundo que anhela la esperanza y la reconciliación. Es responsabilidad de todos los cristianos trabajar juntos para superar las divisiones y construir un futuro más unido y en paz basado en el amor de Dios que excede todo entendimiento.

## Referencias

- Aguirre Monasterio, R., Álvarez Cineira, D., & Bernabé Ubieta, C. (2010). *Así empezó el cristianismo*. Editorial Verbo Divino.
- Augustin, G. (2018). *El alma del ecumenismo: La unidad de los cristianos como proceso espiritual* (W. Kasper, Intro.). Editorial Sal Terrae.
- Billon, G. (2012). Leer la Biblia hoy: desafíos para las Iglesias. En *Cuaderno Bíblico* 141. Editorial Verbo Divino.
- Bogaert, P. (1993). *Diccionario enciclopédico de la Biblia*. Editorial Herder.
- Bonilla Morales, J. L. (2015). Ecumenismo y construcción de la paz. *Cauriensia*, 10(1), 199-219.

- Brown, R. E. (2005). *La comunidad del discípulo amado: estudio de la eclesiología juanica* (Sexta). Ediciones Sígueme.
- Carrillo Alday, S. (2010). *El evangelio según San Juan*. Editorial Verbo Divino.
- Castro Sánchez, S. (2001). *Evangelio de Juan: comprensión exegético-existencial*: (3 ed.). Editorial Desclée de Brouwer.
- Concilio Vaticano II. (1964). *Unitatis redintegratio: Decreto sobre el ecumenismo*. En *Documentos del Concilio Vaticano II* (pp. 1-50). Libreria Editrice Vaticana.
- Coenen, L. (2006). *Diccionario teológico del Nuevo Testamento / Theological Dictionary of the New Testament*. Ediciones Sígueme.
- Córdova Quero, H. (2014). *El desafío del diálogo: Historia, definiciones y problemáticas del ecumenismo y la pluralidad religiosa* (1a ed.). Editorial GEMRIP
- Dodd, C. H. (2004). *Interpretación del Cuarto Evangelio* (A. Marco, Trad.; Segunda). Ediciones Cristiandad.
- Dunn, J. D. (2014). *Jesús y el espíritu: la experiencia carismática de Jesús y sus apóstoles*. Editorial CLIE.
- Federación Luterana Mundial. (2017). *Del conflicto a la comunión*. Sal Terrae.
- Francisco. (2013). *Evangelii gaudium: Exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual*. Libreria Editrice Vaticana.
- Gómez Zuluaga, L. D. (2021). Vivir la comunión en la diferencia en tiempos de posmodernidad. Una reflexión teológica a la luz de Joseph Ratzinger. *Albertus Magnus*, 12(1), <https://doi.org/10.15332/25005413.7398>
- Herranz Marco, M. (2008). *San Pablo en sus cartas*. Ediciones Encuentro, S.A.
- Juan Pablo II. (1995). *Ut unum sint: Carta encíclica sobre el empeño ecuménico*. Libreria Editrice Vaticana.
- Juan Pablo II. (2001, febrero 14). La “recapitulación” de todas las cosas en Cristo [Audiencia general]. Libreria Editrice Vaticana.
- Levoratti, A. J. (2007). *Comentario bíblico latinoamericano: Nuevo Testamento* (2a. ed.). Editorial Verbo Divino.
- Lona, H. E. (2014). *Introducción a Pablo*. Editorial Claretiana.
- Lona, H. E. (2015). *El Evangelio de Juan*. Editorial Claretiana.
- López Rosas, R. (2014). *Evangelio y apocalipsis de San Juan*. Editorial Verbo Divino.
- Marguerat, D. (2008). *Introducción al nuevo testamento: su historia, su escritura, su teología*. Editorial Desclée de Brouwer.
- Mauti, R. M. (2023). El ecumenismo de la caridad como aporte a la unidad de la familia humana (EG 245). Algunos criterios inspiradores de Francisco. *Estudios Eclesiásticos*, 98(385), 385-412.
- Pastor-Ramos, F (2010). *Para mí, vivir es Cristo. Teología de san Pablo. Persona, experiencia, pensamiento, anuncio*. Editorial Verbo Divino.
- Pérez Prieto, V. (2014). *La búsqueda de la armonía en la diversidad: el diálogo ecuménico e interreligioso desde el Concilio Vaticano II*. Editorial Verbo Divino.
- Perroni, M. & Tragan, P. (2019). *Nadie ha visto nunca a Dios: una guía para la lectura del evangelio de Juan*. Editorial Verbo Divino.
- Polanco, R. (2017). El Papa Francisco y el ecumenismo del camino. *Revista Medicina*, XLIII (169), 631-674.
- Ramis, F. (2010). *Hechos de los Apóstoles*. Editorial Verbo Divino.

- Reina-Valera, R. V. (2018). *Biblia Reina Valera Revisada Letra Grande*. Sociedades Bíblicas Unidas.
- Sánchez Bosch, J. (2007). *Maestro de los pueblos: una teología de Pablo, el apóstol*. Editorial Verbo Divino.
- Schnackenburg, R (1987) *El evangelio de Juan. Exegesis y excursus complementarios*: Editorial Herder.
- Tilborg, S. V. (2012). *Comentario al evangelio de Juan*. Editorial Verbo Divino.
- Various, & Je, B. a. a. S. O. (2019). *Biblia de Jerusalén: Quinta Edición, Revisada Y Aumentada*. Liturgical Press.
- Vouga, F. (2002). *Una teología del Nuevo Testamento*. (P. Barrado, Trad.). Editorial Verbo Divino.
- Zevini, G. (1995). *Evangelio según san Juan.*: Ediciones Sígueme.